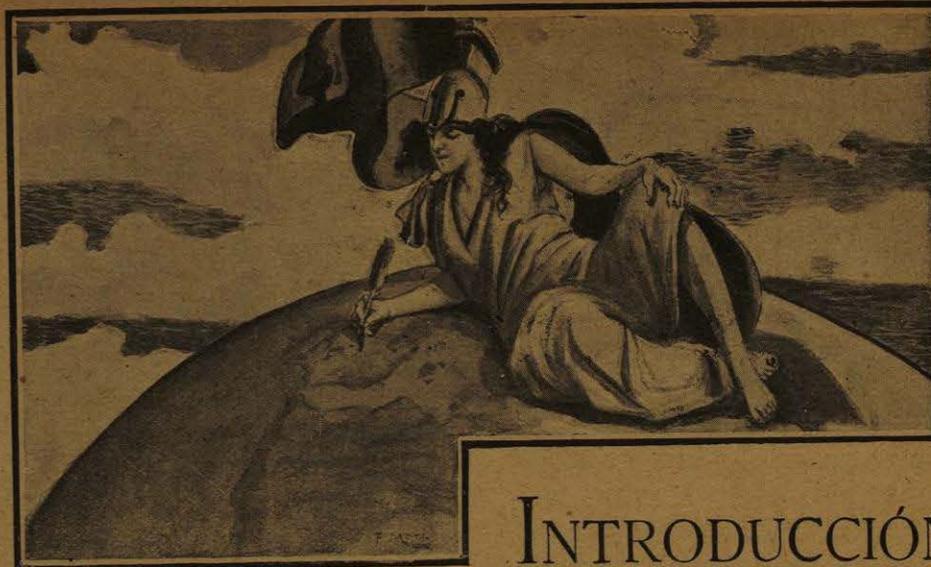


CARLOS PEREZ MALDONADO

MONTERREY, MEXICO.



INTRODUCCIÓN Á LA HISTORIA UNIVERSAL

por J. MICHELET

I

CON el mundo ha comenzado una guerra que debe terminar con el mundo: la guerra del hombre contra la naturaleza, del espíritu contra la materia, de la libertad contra la fatalidad. La historia no es otra cosa que el relato de esta interminable lucha.

En los últimos años, la fatalidad parece haber fijado sus reales en el mundo. Además se ha establecido tranquilamente en la filosofía y en la historia. La libertad que todos pedimos para la sociedad, es ya hora de que se reclame también para la ciencia. Si esta introducción alcanza su objeto, la historia aparecerá como la eterna protesta del hombre y como el triunfo progresivo de la libertad.

Sin duda la libertad tiene sus límites, pero no trato de consignarlos. Los siento demasiado en la acción absorbente de la naturaleza física sobre el hombre, y más aún en el trastorno que ese mundo enemigo arroja sobre nosotros. ¡Ah! ¿Quién más de cien veces, en medio de las amenazas y de las seducciones que nos obsesionan, no ha maldecido y renegado de la libertad?...» Y *sin embargo se mueve*, como decía Galileo, en nosotros la libertad. Hágase lo que se haga contra ella, hay algo que no quiere ceder, que no acepta el yugo del hombre ni de la na-

turalidad, que no se somete sino á la razón, á la ley, y que no conoce la paz y sumisión ante la fatalidad. Este combate dura eternamente y constituye la dignidad del hombre y la propia armonía del mundo.

Y durará, no lo dudemos, mientras la voluntad humana se yerga contra las influencias de raza y de clima; mientras un Byron pueda surgir de la industrial Inglaterra para vivir en Italia y morir en Grecia; mientras los soldados de Francia vayan en nombre de la libertad del mundo á acampar indiferentemente á las orillas del Vístula ó del Tíber (1).

Lo que debe animarnos en esta lucha sin fin, es que en gran parte nos es favorable. De los dos adversarios, el uno no cambia nunca, y el otro cambia y se fortalece. La naturaleza permanece siempre igual, mientras que el hombre cada día obtiene una ventaja sobre ella. Los Alpes no han crecido, y nosotros, en cambio, hemos abierto el túnel del Simplón. Las olas y el viento son caprichosas, pero el buque de vapor hiende las olas sin informarse del capricho de los vientos y de los mares.

Seguid de Oriente á Occidente sobre el camino del sol y de las corrientes magnéticas del

(1) Michelet escribió esto en plena agitación política de Francia, poco después de las jornadas revolucionarias de Julio de 1830, que derribaron para siempre á los Borbones. (N. del T.)

globo, las emigraciones del género humano; observable en ese gran viaje del Asia á Europa, de la India á Francia, y veréis en cada estación disminuir la potencia fatal de la naturaleza y las influencias de raza y de clima hacerse menos tiránicas. En el punto de partida, ó sea en la India, esa cuna de las razas y de las religiones *the womb of the world*, el hombre se ha inclinado y prosternado bajo la omnipotencia de la naturaleza. Es un pobre niño sobre el regazo de su madre; débil y sumisa criatura, mimada y castigada á la vez, menos nutrido que embriagado por un jugo demasiado fuerte para él. La naturaleza le debilita y marea con un aire húmedo y ardiente, perfumado de poderosos aromas. Su fuerza, su vida y su pensamiento sucumben. Por multiplicarse con exceso y ser desdeñosamente pródigo, el hombre no es por esto más fuerte. La fuerza de la vida y de la muerte son iguales en esos climas. En Benarés, la tierra da tres cosechas al año: una lluvia convierte una landa en una pradera. La caña del país es el bambú de sesenta pies de alto. El árbol es la higuera india que, de una sola raíz, produce un bosque. Bajo esos vegetales monstruosos viven también monstruos. El tigre vela al borde del río, espionando al hipopótamo, al que alcanza con un salto de diez metros. A veces, un tropel de elefantes salvajes atraviesa furioso el bosque, doblando y destruyendo cuantos árboles encuentran á su paso. Además, las terribles tempestades vuelcan las montañas, y el cólera siega la vida de millones de hombres.

Encontrando así el hombre, en todas partes, fuerzas desproporcionadas, y abatido por la naturaleza, no trata de luchar, y se entrega sin condiciones á ella. Toma una y otra vez la embriagadora capa donde Siva vierte hasta derramarlas la muerte y la vida; bebe á grandes tragos, se hunde y se sumerge en ella, se entrega y confiesa con una voluptuosidad sombría y desesperada, que Dios es todo, que todo es Dios, y que nada es él mismo, sino un accidente, un fenómeno de esa única substancia. O bien con una paciencia y una constancia incommovibles, afirma la existencia de esa naturaleza enemiga, y se venga por la lógica de una realidad que le aplasta.

Pero huye hacia Occidente, y comienza en Persia el gran viaje y la liberación progresiva de la libertad humana.

II

«En Persia—dice el joven Ciro en el relato de Jenofonte—el invierno y el estío existen al mismo tiempo.» Un aire seco y ligero descarga la cabeza de los pesados vapores que la atormentan en la India. La tierra, árida en la superficie, oculta en su seno mil fuentes vivas que parecen llamar á la industria agrícola. La libertad se despierta aquí y declara su odio al estado anterior. Los dioses de la India, de *deicas* se convierten en demonios; las imágenes sagradas se hacen ídolos. Nada de estatuas, nada de arte. Así se presenta desde su origen el genio iconoclasta de los pueblos heroicos. A una debilidad múltiple que, en la confusión de sus formas infinitas, prostituye el espíritu á la materia, á la santidad impía de un mundo-dios, sucede el dualismo de la luz pura é inteligente, y de la luz inmunda y corpórea. La primera debe vencer, y su victoria es el fin señalado al hombre y al mundo. Dirigiéndose la religión al hombre interior, el sacerdote no aparece sino para mostrar su impotencia. Los sectarios del magismo celebran anualmente la matanza de los Magos. Tampoco se encuentra en Persia la paciencia del indio que no sabe vengarse de su opresor más que matándose ante sus ojos.

Persia es el comienzo de la libertad en la fatalidad. Las religiones escogen sus dioses en una naturaleza menos material, pero todavía en la naturaleza: son la luz, el fuego, y el fuego celeste, ó sea el sol. El Azerbaidshan es la tierra de fuego. El calor fecundo y homicida de las vertientes del Caspio recuerda á la India, de la que creíamos haber salido. El sentimiento de inestabilidad universal da al persa una indiferencia que encadena su natural actividad. Persia es la gran ruta del género humano. Los tártaros de un lado, los árabes de otro, todos los pueblos del Asia han vivido cada uno su tiempo en este serrallo ambulante. Los hombres del país no se toman el trabajo de edificar construcciones sólidas. En la moderna Ispahan, como en la antigua Babilonia se edifica con ladrillos. Las casas son ligeros kioscos, pabellones elegantes, especies de tiendas provisionales. Ninguno habita en la de su padre; cada uno se construye una, que muere con su propietario. No se preocupan tampoco del pan de mañana; lo que sobra se da á los pobres. Así, tras el primitivo impulso, la actividad humana cae nuevamente desanimada y expira

en la indiferencia. El hombre busca el olvido de sí mismo en la embriaguez. Y la embriaguez en Persia, no es como en la India. La embriaguez de la naturaleza es una embriaguez voluntaria. El persa encuentra en el opio los ensueños de una vida fantástica y á la larga el reposo de la muerte.

III

La libertad humana que no muere, prosigue su evolución desde Egipto á Judea, como desde la India á Persia. *El Egipto es el don del Nilo;* es el río que ha llevado de la Etiopía, no sólo los hombres y la civilización, sino hasta la tierra. El gran conquistador portugués Albuquerque concibió en el siglo XVI el proyecto de aniquilar el Egipto. Bastaba para eso con verter el Nilo en el mar Rojo: las arenas del desierto hubieran sepultado inmediatamente la comarca. Todos los estíos, el río, descendiendo de montes poco conocidos, trae el sustento del año. El hombre que asistía á esta maravilla, encargada de asegurar su propia existencia, estaba vencido de antemano por la naturaleza. La generación, la fecundidad, la omnipotente Isis, domina su pensamiento y le hace inclinarse sobre el surco. Sin embargo, la libertad encuentra ya un medio de manifestarse. Egipto, como la India, une la libertad al dogma de la inmortalidad del alma, y la personalidad humana, arrojada de este mundo se refugia en el otro. A veces, en esta misma vida se subleva contra la tiranía de los dioses. Los dos hermanos Cheaps y Cheprem, que prohibieron los sacrificios y fueron maldecidos por los sacerdotes, pasan por los fundadores de las Pirámides, esas tumbas que deberían eclipsar á todos los templos. Y así el monumento más grande de este mundo fatalista egipcio representa una protesta de la humanidad.

IV

Pero la libertad humana no ha descansado hasta alcanzar en su carrera las montañas de Judea. Ha sacrificado las *carnes* y las *cebollas* de Egipto, y ha dejado su rico valle por las rocas del Cedrón y las arenas del mar Muerto. Ha maldecido al becerro de oro egipcio, como Persia rompió los ídolos de la India. Un solo Dios, un

solo templo. Los jueces y luego los reyes, dominaron al sacerdocio. Helí y Samuel quieren que reine el sacerdote y no lo consiguen. Los jefes del pueblo son los fuertes que le libertan del extranjero: un Gedeón y sus trescientos; un Aod que combate á dos manos; un Sansón que lleva sobre sus hombros las puertas de las ciudades enemigas; un David que no duda en comer los panes de proposición. Y al lado del genio heroico, el sacerdote ve cómo crea la libertad humana un formidable enemigo en el mismo orden de las cosas religiosas. Los videntes, los profetas salen del pueblo y comunican con Dios sin pasar por el templo. La naturaleza, en los persas, prolongaba, no sin lucha, su imperio en la religión; pero entre los judíos queda destronada. La misma luz se convierte en tinieblas al advenimiento del espíritu, y la dualidad cede á la unidad. Para ese mundo pequeño de la unidad y del espíritu basta un punto en el espacio entre las montañas y los desiertos. No se coloca en el Oriente sino para maldecirle. Oye con igual horror resonar bajo el áspero Líbano los voluptuosos cantos de Astarte y los rugidos de Moloch. Cuando del Mediodía viene la horda errante del árabe sin morada y sin ley, Israel reconoce á Ismael por su hermano, pero no le da la diestra. Perezca el extranjero; la ciudad santa no se abrirá nunca. A él le basta con contemplar en su tabernáculo ese depósito inapreciable de la unidad que el mundo irá á pedirle de rodillas cuando haya comenzado su hora en el Occidente, por Grecia y por Roma.

V

Si en la historia natural, los animales de orden superior, el hombre y el cuadrúpedo, son los mejores *articulados*, los más aptos para los diversos movimientos que su actividad les imprime; si, entre las lenguas, sobresalen las que responden por la variedad de sus inflexiones, por la riqueza de sus giros y por la flexibilidad de sus formas, á las infinitas necesidades de la mente, creemos también que geográficamente ciertas comarcas han sido trazadas bajo un plan superior, provistas de golfos y de puertos, mejor limitadas por los mares y las montañas, cruzadas por valles y por ríos, mejor *articuladas*, y son, me atrevo á decirlo, las más aptas para efectuar lo necesario, para conseguir la libertad. Europa, si

la comparamos con la informe y maciza Asia, ¿no indica á simple vista más aptitud para el movimiento? En los mismos rasgos que son comunes á ambos continentes, Europa tiene la ventaja. Ambas poseen tres penínsulas al Mediodía, el espeso cuadrado de España y de Arabia; la larga espina de Italia y del Indostán, con su gran río al Norte y su isla al Mediodía, y en fin, ese conjunto de islas y de penínsulas que entre nosotros constituye la Grecia y en Asia la segunda India. La triste Asia contempla el Océano infinito y parece esperar del polo austral un continente que todavía no tiene. Las penínsulas que Europa proyecta hacia el Sur son como brazos tendidos hacia el Africa, mientras al Norte alza sus espaldas, como un atleta vigoroso, la Escandinavia con Inglaterra. Su cabeza es Francia y sus pies se hundan en la fecunda barbarie de Asia. Observad sobre su cuerpo admirable los poderosos miembros que se prolongan desde los Alpes á los Pirineos, los Karpatos, y el Hemus, y esa maravilla casi imperceptible de Grecia llena de montes y de torrentes, de cabos y de golfos, cuya multiplicidad de curvas y de ángulos está tan viva y espiritualmente acentuada. Miradla enfrente de la línea inmóvil y recta del uniforme Egipto. Parece que se agita y relampaguea sobre el mapa, verdadero símbolo de la movilidad en nuestro móvil Occidente.

Europa es una tierra libre. El esclavo que la toca se liberta; tal ha sido el caso para la humanidad fugitiva del Asia. En este mundo severo de Occidente, la naturaleza apenas da nada de sí, é impone como necesario el ejercicio de la libertad. Es necesario cerrar contra el enemigo, que es la Naturaleza, y formar esa estrecha asociación que se llama *la ciudad*.

Este mundo pequeño de la ciudad, rodeado de murallas, absorbe en su unidad artificial la familia y la humanidad. Constituyóse con una guerra eterna contra todo lo que permaneció en la vida natural de los antiguos orientales. Esta forma bajo la cual los pelagos intentaron continuar el Asia en Europa, fué anulada por Atenas y Roma. En esa lucha se caracterizan los tres momentos de Grecia: ataca al Asia en la guerra de Troya, la rechaza en Salamina y la domina con Alejandro. Pero la domina más bien dentro de sí misma, en los propios muros de la ciudad. Domina al Asia, cuando la rechaza, con la poligamia, combatiendo la naturaleza

sensual que se mantenía en Judea misma, y declarando á la mujer compañera del hombre. Domina al Asia, cuando, reduciendo sus ídolos gigantesco á proporciones humanas les hace susceptibles de belleza y perfección. Los dioses se dejaron sacar con disgusto del tenebroso santuario de la India y del Egipto para vivir á la luz, en la plaza pública de Atenas. Descendieron de su majestuoso simbolismo y revistieron el pensamiento vulgar. En Grecia hubieron de ser ciudadanos, abandonar el infinito para adoptar un lugar, una patria. Se hicieron más pequeños para entrar en la ciudad. Estos son los dioses dorios; los otros los de Jonia; y así se clasifican todos según sus adoradores. En cambio, ved cuánto se aprovechan de la sociedad del pueblo y cómo siguen el rápido progreso de la humanidad. En la Iliada, Palas es una diosa sanguinaria y salvaje que se bate con Marte y le hiere con una piedra. En la Odisea es la propia voz del orden y de la sabiduría aclamada por el hombre después del *Padre de los Dioses*.

He ahí lo que hace Grecia, bella entre las cosas bellas. Colocada en el punto intermedio donde lo divino es divino pero también humano y donde la divinidad se despoja de la naturaleza fatal, la flor de la libertad se abre en ella.

Grecia ha quedado para el mundo como el tipo del instante supremo de la belleza, de la belleza física y movilizada. El arte griego no ha pasado de la estatuaria. Ese momento, en la literatura, es Herodoto, Platón y Sófocles; momento breve, pero que la sabiduría viril del género humano no puede olvidar y lo recuerda siempre con el encanto del primer amor. Ese pequeño mundo lleva en su belleza su propia condenación. Es menester que la belleza pase, que la gracia del joven deje su puesto á la madurez, que el niño se haga hombre. Cuando Aristóteles ha precisado, aprosado y codificado la ciencia griega; cuando Alejandro ha volcado sobre el Indo la Grecia del Helesponto, todo ha concluído. El hijo de Filipo soñaba que el mundo era una ciudad, *de la que su jalange era la ciudadela*. La ciudad griega era demasiado estrecha para que el sueño se cumpliera. Era menester un mundo más grande, que reuniese los caracteres de la tribu y de la ciudad; era menester que los dioses móviles de Grecia afectasen un carácter más grave, que saliesen del arte que les retenía en la materia, y que se libertaran del Destino homérico en el que parece pesar aún

la mano del Asia. Era menester que la mujer abandonase el gineceo para libertarse efectivamente de la servidumbre. Sobre las ruinas del mundo griego, disperso, devastado, queda su elemento indestructible, su átomo por el cual le juzgamos, como se clasifica el cristal roto por su último núcleo. Ese núcleo es el individuo bajo la forma del estoicismo, recogido en sí, apoyado sobre sí, que no pide nada á los dioses, y no se digna acusarlos ni negarlos.

VI

El mundo de Grecia era un puro combate. Combate contra el Asia, combate en la misma Grecia, lucha de los jonios y de los dorios, de Esparta y de Atenas. Grecia tiene dos ciudades: lo que indica, que la ciudad es incompleta en ella. La gran Roma contiene en sus muros las dos ciudades, las dos razas, etrusca y latina, sacerdotal y heroica, oriental y occidental, patricia y plebeya, la propiedad territorial y la propiedad mueble, la estabilidad y el progreso, la naturaleza y la libertad.

La familia reaparece aquí en la ciudad; el hogar doméstico de los pelagos vuelve á encenderse sobre el altar de Vesta. El dualismo de Persia se reproduce, pero ha pasado de los dioses á los hombres, de la abstracción á la realidad, de la metafísica religiosa al derecho civil. La presencia de dos razas dentro de los mismos muros, la oposición de sus intereses, la necesidad de equilibrio, comenzaron esa guerra legal ante el juez, cuya forma es el objeto de la jurisprudencia. El heroísmo guerrero de Persia y de Grecia, ese juvenil ardimiento de lucha, se hace aquí más prudente y no osa emplear en la ciudad otra arma que la palabra. En este duelo verbal, como en la guerra de conquista, los adversarios son eternamente el *poseedor* y el *demandante*. El primero tiene para sí la autoridad, la ancianidad y la ley escrita; sus pies se fijan fuertemente sobre la tierra en la que está arraigado. El otro, ágil atleta, tiene por arma la interpretación: el tiempo está de su parte. Y el juez, arrastrado por el tiempo, no tendrá otro trabajo que salvar la letra inmóvil introduciendo en ella el espíritu siempre nuevo. Así la libertad sortea la fatalidad y el derecho se humaniza por el equívoco.

Roma no es un mundo exclusivo. En el interior de la ciudad se abre poco á poco á los ple-

beyos: en el exterior al Latio, á Italia y á todas las provincias. De la misma manera que la familia romana se recluta por adopción, y se extiende y divide por emancipación, la ciudad adopta ciudadanos y luego pueblos enteros bajo el nombre de *municipios*, mientras se reproduce al infinito en sus colonias. En cada conquista constituye una pequeña Roma que representa su metrópoli.

Así, mientras la ciudad griega, colonizando, pero no adoptando nunca, se dispersaba y forzosamente á la larga había de morir de agotamiento, Roma gana y pierde con la regularidad de un organismo vivo. Aspira, si puede decirse, á los pueblos latinos, sabinos y etruscos, y una vez hechos romanos los respira sobre sus colonias.

De este modo se asimila todo el mundo. La barbarie occidental, España, Bretaña y las Galia; y la civilización oriental, Grecia, Egipto, Asia, y Siria, todo pasa por ella. El mundo semita resistió, y Cartago fué aniquilada y la Judea dispersa. Todos hubieron de sufrir, á pesar suyo, la uniformidad del idioma, del derecho y de la religión; todos vinieron á ser, de buen ó mal grado, italianos, romanos, senadores y emperadores. Después de los Césares, romanos y patricios, los Flavios no son italianos y los Antoninos son españoles ó galos. Luego el Oriente reclama sus derechos contra Occidente, y aparecen los emperadores africanos y sirios: Septimio, Caracalla, Heliogábalo, Alejandro Severo. En fin, las provincias del centro, los enérgicos aldeanos de la Iliria, dan los Aurelios y los Probos, y los bárbaros mismos, Filipo el Arabe y Maximino el Godo. Antes que el Imperio sea invadido, la púrpura imperial ha sido conquistada ya por todas las naciones.

Esa magnífica adopción de los pueblos hizo creer á los romanos durante mucho tiempo que habían cumplido la obra de la humanidad. *Capitoli immobile saxum... res romana perituraque regna...* Roma se engañó, como Alejandro, creyendo haber realizado la unidad universal eterna. Los bárbaros, los cristianos y los esclavos protestaron cada uno á su manera, de que Roma no era la ciudad del mundo, y desgarraron diversamente esta mentida unidad.

El mundo heroico de Grecia y de Roma, abandonando las artes á los vencidos y á los esclavos, no llevó muy lejos esa victoria del hombre sobre la naturaleza que se llama la indus-

tria. Las antiguas razas industriales, los pelasgos y otras tribus fueron esclavizadas y perecieron. Perecieron luego entre los vencedores mismos las tribus inferiores, los aqueos, etc. Luego en los dominadores de los vencedores, (dorios, jonios, romanos), los pobres perecieron á su vez. El que tiene, tendrá siempre una gran ventaja, y el que no tiene se verá vencido, si la industria no echa un puente sobre el abismo que separa al pobre y al rico. La economía dió la preferencia al trabajo de los esclavos, es decir, de las cosas, sobre los hombres. La economía trató á estas cosas como cosas, y si perecían, el dueño comprando otras baratas salía ganando todavía. Los sirios, bitinios, tracios, germanos y galos proveyeron durante muchísimo tiempo, como esclavos, las tierras ávidas y homicidas de Grecia y de Italia. Sin embargo, el cáncer de la esclavitud se fué agrandando, y al final nada pudo satisfacerle. Entonces la despoblación comenzó y preparó el paso á los bárbaros que fueron al fin á los mercados de Roma, libres y armados, para vengar á sus abuelos.

Antes de esta disolución material y definitiva del Imperio, ya le minaba en su interior una poderosa disolución moral. Grecia y Oriente, que Roma creyó haber esclavizado, la invadían y dominaban. Desde las guerras de Filipo y de Antigon, los elegantes dioses de Atenas se habían insinuado en los templos de Roma, bajo los nombres de viejas divinidades latinas, ocupando los altares de los dioses vencedores. El Romano bárbaro se puso á estudiar la Grecia. Adoptó la lengua, imitó su literatura, releyó el *Fedon* en Utica, murió en Filipos citando á Eurípides y habló en griego bajo el puñal de Bruto. La expresión literaria de esa Roma helenizada fué el siglo de Augusto. Su fruto fué Marco Aurelio, el ideal de la moral antigua.

Detrás de Grecia, avanzaba á la conquista intelectual de Roma, el mundo oriental que se fundió con Grecia en Alejandría. La traslación del Imperio al Oriente, que logró Constantino, fué intentada antes por Antonio. Este quiso hacer de una ciudad oriental la capital del mundo. Cleopatra juraba: «Por las leyes que dictaré en el Capitolio.» Para que el Oriente cumpliera tal palabra, era menester que conquistase antes el Occidente por la fuerza de las ideas. Alejandría fué cuando menos el campamento del segundo enemigo de Roma; el horno donde fermentaron todas las creencias y todas las filoso-

fías de Asia y de Europa; la Roma del mundo intelectual.

Sus creencias y sus religiones no entraron sin esfuerzo en Roma. Esta rechazó con horror, al verla en las bacanales, la primera aparición del culto orgiástico de la naturaleza. Pero después los afeitados sacerdotes de Cibele llevando el león de la Buena-Diosa, sorprenden al pueblo con sus danzas frenéticas y sus groseros juegos de prestidigitación, cortándose los brazos y las piernas y haciendo un juego de sus heridas. Su dios es el equívoco Athis, al que festejan con risas y lloros de muerte. Llega luego el sombrío Serapis, otro dios de la vida y de la muerte. Más tarde, en el Capitolio, bajo el trono del mismo Júpiter, el sanguinario Mithra cava su capilla subterránea y regenera al hombre ávido de expiación, en el inmundo baño del horrible tauróbolo. En fin, una secta salida de los judíos y arrojada de ellos celebra también la muerte y la vida. Su dios ha muerto en el suplicio de los esclavos. Tácito no sabe qué decir de la nueva asociación. El historiador sólo conocía á los cristianos por haber iluminado con sus cuerpos en llama las fiestas y los jardines de Nerón.

La diferencia era, sin embargo, muy profunda, entre el cristianismo y las otras religiones orientales de la vida y de la muerte. Estas sumergían al hombre en la materia, tomando por símbolo el obscuro signo de la vida y la generación. El cristianismo abrazó el espíritu, abrazó la muerte. Adoptó un signo fúnebre: la cruz. La vida, la naturaleza, la materia, la fatalidad fueron inmoladas por él. El cuerpo y la carne, divinizados hasta entonces, fueron señalados en sus templos con el signo de la consunción que los devora. Distinguióse con horror el gusano que lo roe, y la libertad, loca de dolor, corrió al anfiteatro y saboreó su suplicio.

Yo he besado de buena fe la cruz de madera que se alza en medio del Coliseo, al que acabó por vencer. ¡Con qué abrazos tan estrechos debió abrazarla la incipiente fe cristiana, cuando apareció en este redondel entre los leones y los leopardos! Hoy aún, cualquiera que sea el porvenir, esta cruz, cada día más solitaria, ¿no es, por ventura, el único auxilio del alma religiosa? El altar ha perdido sus honores; la humanidad se ha alejado poco á poco de él. Pero yo ruego que me digáis, si lo sabéis, si se ha elevado otro altar...

VII

En la arena del Coliseo se encontraron el cristiano y el bárbaro, representantes de la libertad de Oriente y Occidente. Nosotros hemos nacido de esta unión: nosotros y todo el porvenir.

«Veo ante mí al gladiador caído. Su cabeza, sobre la mano, se debilita por momentos. Las últimas gotas de su sangre se escapan lentamente... La arena gira en torno de él... Oye todavía las aclamaciones bárbaras... Oye, pero sus ojos y su corazón están muy lejos. Ve su última batalla salvaje al borde del Danubio y á sus hijos que juegan, y á su madre... Degollado para diversión de Roma... es menester que muera y sin venganza. ¡Levantaos, hombre del Norte!...» A esta voz se desploman el Imperio, el circo y la ciudad, ebrios de sangre.

Alarico aseguraba que un impulso fatal le había empujado contra Roma. La saqueó y murió. La primer orden de los bárbaros, godos, borgoñones ó hérulos, despertó la majestad misteriosa de la ciudad, á la que no se violaba impunemente. El mismo Atila, que se vanagloriaba de que no crecía la hierba bajo las plantas de su caballo, volvió las bridas y salió de Italia. Los primeros bárbaros fueron intimidados ó seducidos por la ciudad que acababan de destruir. Se amoldaron al genio romano y mantuvieron la esclavitud. A éstos no pertenece la restauración del mundo.

En seguida vinieron los francos, hijos de Odino, ansiosos de pillaje y de guerra, ávidos de heridas y de muerte, como los otros de fiestas y de banquetes, é impacientes por ir á beber la cerveza en el divino Vahlalla, en el cráneo de sus enemigos. Iban al combate casi desnudos, y se arrojaban en una barca para viajar por el Océano, desde el Bósforo á Batavia. Bajo su dominación salvaje é implacable la esclavitud doméstica no desapareció; pero la sucedió la servidumbre y la servidumbre fué ya una liberación para la humanidad oprimida.

Estos bárbaros aportaron una naturaleza virgen á la Iglesia, y ésta pudo ser tomada por ellos. Los otros bárbaros, que no veían en Jesús sino un hombre, no podían recibir del cristianismo ni su poesía ni su fuerte unidad. El franco adoptó al Hombre-Dios, adoptó á Roma purificada y se hizo llamar César. El tormentoso

caos de la barbarie que desde Atila, y desde Teodorico quería fijarse y unirse, encontró su centro en Carlomagno.

Esta unidad material y fingida dura toda la vida de un hombre, y cuando cae en polvo, deja sobre Europa la aristocracia episcopal y la aristocracia feudal, coronadas por el Papa y el Emperador. Sistema maravilloso en el que se organizan y se colocan frente á frente el imperio de Dios y el imperio del hombre. La fuerza material ó sea la carne, y la herencia en la organización feudal. En la Iglesia, la palabra, el espíritu y la elección. La fuerza en todas partes, y el espíritu en el centro: el espíritu dominando á la fuerza. Los hombres de hierro inclinan ante la espada invisible la rigidez de sus armaduras. El hijo del siervo, convertido en Papa, pudo poner el pie sobre la cabeza de Federico Barbarroja. No sólo el espíritu dominó á la fuerza, sino que la guió. Este mundo de la fuerza sojuzgado por el espíritu se manifestó en las Cruzadas, guerra de Europa contra Asia, guerra de la libertad santa contra la naturaleza sensual é impía. Con todo, necesitaba para su fin inmediato un símbolo material, y éste fué el rescate del sepulcro de Jesucristo. Todos, hombres y mujeres, jóvenes y viejos, marcharon sin armas, sin víveres, sin barcos, seguros de que Dios les nutriría, y de que habría de defenderlos y transportarlos al otro lado de los mares. Y los niños también—dice un contemporáneo—seguían á los carros, y cada ciudad murada que veían, provocaba en ellas esta pregunta de simplicidad: «¿No es esa Jerusalén?»

Así se realizó durante mil años ese largo milagro de la Edad Media, esa maravillosa leyenda cuya huella se borra cada día más de la tierra, y de la que seguramente se dudaría dentro de algunos siglos, si no se hubiera fijado y cristalizado para todas las edades en las flechas, las agujas, los rosetones y las arcadas innúmeras de las catedrales de Colonia y de Strasburgo, en las cinco mil estatuas de mármol que coronan la de Milán, y en las catedrales españolas. A contemplar ese ejército mudo de apóstolos y profetas, de santos y de doctores, escalonados desde la tierra al cielo, ¿quién no reconocerá la ciudad de Dios, elevada por el pensamiento del hombre?... Cada una de esas agujas que quieren volar es una piedra, un voto impotente detenido en su vuelo por la tiranía de la materia. La flecha que se lanza al cielo con tan prodigioso empuje,

protesta cerca del Altísimo de una falta de voluntad. Alrededor ruge el mundo fatal del paganismo, gesticulando en mil figuras equívocas de horribles bestias, mientras al pie los guerreros bárbaros parecen petrificados en la actitud en que los ha sorprendido el encanto de la palabra cristiana.

El encanto se ha roto, sin embargo, para el género humano. Sus inmensas naves se encontraban antes estrechas para la invasión de la multitud y hoy están menos pobladas. Del pueblo se levanta de pronto un hombre negro, un legista, contra el alba del sacerdote, y le opone el derecho al derecho. El comerciante sale de su obscura tienda para tocar la campana de los comunes y cerrar con barricadas al caballero su tortuosa calle. Ese hombre, en fin (si es que era un hombre), que vivía sobre la gleba á cuatro patas, se endereza con una risa terrible y casi sin armas hiere con un golpe nivelador al noble jinete y á su magnífico corcel.

La libertad ha vencido, la justicia ha vencido. El mundo de la fatalidad se ha desplomado. El poder espiritual mismo abjuró de su título, invocando el socorro de la fuerza material. Continúa el triunfo progresivo del *yo*, comenzado con la profanación del árbol de la ciencia en el Paraíso, obra de liberación del hombre. El principio heroico del mundo, la libertad, durante mucho tiempo maldita y confundida con la fatalidad bajo el nombre de *Satán*, se revela bajo su verdadero nombre. El hombre ha roto poco á poco con el mundo natural del Asia y se ha hecho por la industria y por el libre examen un mundo que revela la libertad. Se ha alejado del «dios naturaleza», divinidad exclusiva y madrastra que escogía entre sus hijos, dividiéndolos en castas, para llegar al Dios puro, al Dios del alma, que no distingue el hombre del hombre, y abre á todos, en la sociedad y en la religión, la igualdad del amor y del seno paterno.

VIII

¿Cómo se ha efectuado en Europa la obra de liberación del género humano? ¿En qué proporción ha contribuido cada una de esas personalidades políticas que se llaman Estados: Francia, Italia, España, Inglaterra y Alemania?

El mundo, después de los griegos y los roma-

nos, ha perdido esa unidad visible que muestra con un carácter tan dramático y tan sencillo durante la historia antigua.

La Europa moderna es un organismo complejísimo, cuya unidad, cuya alma y cuya vida no se hallan en tal ó cual parte preponderante, sino en su adorno y relación mutua, en su profundo engranaje, en su íntima armonía. Por esto podemos decir, por ejemplo, lo que ha hecho Francia, lo que es y lo que será, sin interrogar sobre semejantes problemas á todo el mundo europeo. Francia no se explica sino por lo que la rodea. Su personalidad, por esto, es únicamente apreciable para los que conocen á los demás Estados que con su oposición la caracterizan.

IX

El mundo de la civilización fué guardado en sus dos puertas, el Africa y el Asia, por los españoles y los eslavos, consagrados á una eterna cruzada; cristianos bárbaros opuestos á la barbarie musulmana. Ese mundo europeo ha tenido sus dos polos, al Sur y al Norte, Italia y la Escandinavia. Sobre estos puntos extremos pesa abrumadoramente la fatalidad de la raza y del clima.

En el centro se extiende la indecisa Alemania. Lo mismo que el Oder y el Wahal, ríos vagos que la limitan indecisos en el Oriente y en Occidente. Alemania ha cambiado cien veces sus riberas, hacia Polonia y hacia Francia. No se pueden seguir en Prusia y Silesia, en Suiza, Lorena y los Países Bajos, las caprichosas sinuosidades que describe la lengua germánica. Pero al pueblo germánico, lo encontramos en todas partes. Alemania ha dado sus suevos á Suiza y á Suecia, á España sus godos, sus lombardos á Lombardía, sus anglosajones á Inglaterra, y sus francos á Francia. Ha dado nombre y renovado todas las poblaciones de Europa. Su lengua y su pueblo, elemento fecundo, se ha deslizado y penetrado en todas partes.

Hoy mismo, pasado ya el tiempo de las grandes emigraciones, el alemán sale fácilmente de su país y recibe de buen grado al extranjero en el suyo. Es el más hospitalario de los hombres. Entrad bajo su techo puntiagudo, en su casa feísima, de madera pintada, sentaos tranquilamente cerca del fuego y no temáis; sois su huésped. Tal es la parcialidad de los ale-

manes por los extranjeros. El austriaco y el suabo, tan maltratados por nuestros soldados, lloraban con frecuencia la marcha de los franceses. En su ahumada cabaña encontrabais todos los periódicos de Francia. El alemán simpatiza con el mundo; ama y adopta las modas, las ideas de los demás pueblos, menos la murmuración (1).

El carácter de esa raza, que debía mezclarse á tantas otras, es la fácil abnegación. El vasallo se entrega al señor; el estudiante, á la escuela; el artesano á sus corporaciones. En todas estas asociaciones el interés está en segundo lugar; lo esencial en sus reuniones amistosas son los servicios mutuos, los ritos, los símbolos, las iniciaciones que constituyen para los asociados una religión voluntaria. La mesa común es un altar donde el alemán inmola su egoísmo: el hombre abre aquí su corazón al hombre, entregando su dignidad y su razón á la sensualidad. Risibles y emocionantes misterios de la vieja Alemania; entre ellos el bautismo de la cerveza, el simbolismo sagrado de los herreros y los albañiles, las graves iniciaciones de los toneles y los carpinteros. Apenas si queda algo de eso, pero en lo que subsiste se halla ese espíritu simpático y desinteresado.

Nada sorprende que en Alemania veamos por primera vez hacerse el hombre *el hombre* de otro, poniendo sus manos en la suya y jurando morir por él. Esa devoción sin interés, sin condición que no existe en los pueblos del Mediodía ha hecho la grandeza de la raza germánica. Por ella las antiguas pandillas de conquistadores del Imperio, agrupadas alrededor de un jefe, han fundado las monarquías modernas. Han dado su vida al jefe que elegían y le han dado también su gloria. En los antiguos cantos germánicos todas las hazañas de la nación se condensan en algunos héroes. El jefe concentra en él el honor del pueblo, del que viene á ser á modo de un modelo colosal. La fuerza, la hermosura, la grandeza, todos los grandes hechos de armas se acumulan en Sigfrido, en Dietrich, en Federico Barbarroja, en Rodolfo de Hapsburgo. Sus fieles compañeros no se han reservado nada.

Sobre el Señor, sobre los condes y los duques, los electores y el emperador, ocupando la cum-

(1) Inútil es advertir que Michelet escribía esto mucho antes de la actual situación en que ahora viven Francia y Alemania. (N. del T.)

bre de toda jerarquía, Alemania ha colocado á la mujer (*Frau*).

«*Velleda*—dice Tácito—*fué adorada viva.*» Un antiguo *minnesinger* (trovador popular) coloca á la mujer sobre un trono con doce estrellas por corona y la cabeza de un hombre por escabel. Si la poesía es un asunto del corazón, éste está aquí. Los *lieder* ó canciones están llenos de lágrimas infantiles, de ese dolor amoroso que se azora él mismo y no puede expresarse. No se encontrarán ni los *juglares* ni el *gay-saber*, del Mediodía, ni tampoco la frívola dialéctica de las *cortes de amor*. El objeto de esos cantos alemanes es la mujer ideal, es la virgen, que les hace olvidar á Dios y á los santos. Es también la verdura y las flores; pero no agotan este último asunto. Esta poesía pueril y profunda en su conjunto, se deja arrastrar por la atracción magnética de la naturaleza á la que acaba por divinizar. Mezcla admirable de fuerza y de infancia, el genio alemán no aparecerá sino en Parceval de Eschenbach, el valiente caballero á quien los cuidados de una madre tímida han mantenido en la inocencia, en una sorprendente imbecilidad. De la adolescencia escapa y llega á la ciudad de los milagros, atravesando los bosques y los desiertos. Pero un pájaro herido deja caer sobre la nieve tres gotas de sangre. El héroe percibe en estos colores la blancura y lo encarnado de su amada. Se detiene y sueña inmóvil. Contempla en la realidad presente el ideal de que está lleno su pensamiento. ¡Ay del que quiera turbar su ensueño! El trovador derriba, sin moverse de su puesto, á los caballeros que vienen á arrancarle de él.

Así brilla, ante todo, en el acatamiento feudal, en el amor y en la poesía, la abnegación y el profundo desinterés del genio alemán. Engañado por lo finito, se dirige á lo infinito. ¿Si ha de ser inmolado á su señor y á su dama, qué rehusará el á su Dios? Absolutamente nada: ni su moralidad ni su libertad. Lo echará todo en este abismo y confundirá al hombre en el Universo, y al Universo en Dios. Preparado para el misticismo protestante, adoptará sin esfuerzo el panteísmo de Schelling, y el adulterio de la materia y el espíritu quedará efectuado. ¿Dónde estamos, gran Dios? ¿Después de sumergirnos en la India, hemos hecho un viaje estéril?... De pronto se manifiesta con todas sus consecuencias inmorales la simpatía universal ó la uni-